

de hacer trabajar á los soldados modernos son tantos que no se ha podido superarlos, y disponer que ayudasen á la sociedad y reparasen en parte los males que están en la obligación de causarle con las armas. Esta es hoy una de las plagas mas sangrientas de la Europa, cargada de deudas, y precisada, no obstante, á contraer otras nuevas para llenar tan vasta vorágine, cuyo remedio está aun lejano.

El triunfo de nuestras armas de fuego sobre las de los antiguos consiste en poner límites á la victoria, y proporcionar los medios de renovar el combate. Entre los antiguos, las tropas, una vez desordenadas, no podían volverse á reunir, y la retirada puede asegurarse que no se conocía; el éxito de una batalla era la victoria ó una completa derrota (1).

En la batalla de Farsalia (dice Napoleon), César perdió doscientos hombres, en la de Tapso cincuenta, en la de Munda mil, mientras que sus enemigos perdieron ejércitos enteros. Esta gran desproporción de pérdidas en batallas tan disputadas entre el vencedor y el vencido, no es posible en los tiempos modernos, porque las tropas combaten con armas de tiro, y el cañon y el fusil vomitan igualmente la muerte de ambas partes, en tanto que los antiguos combatían al arma blanca hasta obtener la victoria, y acaecían pocas muertes, tambien por razon de las armas defensivas, pues los escudos resguardaban frecuentemente de los golpes, y solo en el momento de la derrota eran entrados á degüello los vencidos; en una palabra, venía á ser una multitud de duelos en que el vencido, emprendiendo la fuga, recibía en la espalda el golpe mortal.

Sobre la opinion de que las guerras antiguas eran mas mortíferas que las modernas, Napoleon dice que los ejércitos modernos combaten, siempre que pueden, con los cañones y la mosquetería desde lejos, y la vanguardia y los puestos avanzados cambian entre sí algunos tiros de fusil, y dejan á menudo hasta quinientos ó seiscientos hombres en el campo por ambas partes; entre los antiguos, al contrario, siendo los conflictos ménos frecuentes, eran ménos mortíferos. En las batallas modernas las pérdidas recíprocas, que entre muertos y heridos son casi iguales, exceden con mucho á las que experimentaban los antiguos en sus batallas, en que todas las pérdidas pesaban sobre el ejército derrotado.

Pero, aunque se niegue que las batallas antiguas fuesen mas mortíferas, nadie dudará de que son ménos sangrientas las guerras modernas. Las armas de fuego han hecho difícilísimos os desembarcos, imposibilitando de este modo una operacion de tal importancia en la estrategia de los antiguos. Las guerras estratégicas aminoran los estragos, pues hacen que se decida la batalla aun antes del ataque. Han dismi-

(1) MAUVILLON, *Essai sur l'influence de la poudre à canon dans la guerre moderne*. Leipsick, 1788.

nuido en gran manera los sitios, y ya no sería posible su fabulosa duracion de otros tiempos. En los combates navales, no son tan comunes los abordajes, verdadero desafío á degüello de hombre á hombre. Á esto último se reducian en suma los antiguas batallas, luchas individuales, que engendraban el rencor, hacian mas cruel el estrago, y de consiguiente empeoraban el corazon. Cabalmente en su parte moral, aun mas que en la material, se advierte la diferencia entre la guerra antigua y la moderna: aquella era personal, esta es nacional; en la primera se debía mirar á cada hombre como un enemigo, el prisionero se degollaba, se sacrificaba á los dioses; en la segunda queda en rehenes y es un objeto de cambio. ¿Qué serie de padecimientos, qué desprecio hacia el hombre revela el solo hecho de no haber hospitales en el campo! Hoy tenemos reglas mas exactas para las treguas, los armisticios, las capitulaciones, y aunque es de deplorar ese brutal ejercicio de la fuerza entre los pueblos, no cabe duda de que actualmente se respetan mas la independencia nacional y la dignidad humana.

§. 54. EL ARTE EN 1600. — GUERRAS DINÁSTICAS.

Los Suizos, los Españoles, los Alemanes y los Franceses, á quienes hemos visto (§ 44) renovar la disciplina y el arte militar, se mezclaron en guerras, y si antes no se combatía mas que entre pueblos limitrofes, ahora corrieron en busca de enemigos y conquistas lejanas; las naciones envueltas en sus contiendas hubieron de imitar sus ordenanzas militares. No tardaron en nacer las guerras religiosas, que durante un siglo empeñaron á la Europa en continuos combates, y se perfeccionó el arte de las armas, de los campamentos, de los asedios, de las fortificaciones. En aquel período son escasos los escritores; pero abundan capitanes de alta inteligencia, y que emplearon á menudo los métodos de la estrategia, y al duque de Alba, Espínola, Alejandro Farnesio, Enrique IV, Coligny, Nassau, Waldstein, Tilly, Bernardo de Weimar, Savelli, Piccolomini, Irolani, Veterani, Montecuccoli, Gustavo Adolfo, Banner, Forsteden y Turena pertenecen con diversas gradaciones las cualidades de grandes capitanes. Enrique IV nació aptísimo para la guerra, y sin embargo nada hizo decisivo en organizacion militar, por los obstáculos de que se vió rodeado, entre las pretensiones antiguas de nacimiento y las modernas de partido.

La Holanda y la Suecia hicieron dar al arte pasos gigantescos. Baste indicar las operaciones del duque de Parma para socorrer á Paris y á Ruan sitiadas por Enrique IV, y los movimientos opuestos por este; la campaña del duque de Alba para apoderarse de Portugal, que terminó con la batalla de Alcántara. Las de Gustavo Adolfo en Alemania están mezcladas de preca-

ciones y de atrevimiento, de marchas rápidas y de posiciones bien tomadas, y los movimientos no se ven hechos sino despues de haber asegurado una base en la Pomerania. Mauricio de Nassau, reuniendo la experiencia de los precedentes, consiguió el título de regenerador del arte militar, y además de aprovecharse de las invenciones ajenas, tambien él inventó é introdujo muchas novedades en el ataque y la defensa. Conoció que las cortinas de las plazas antiguas eran demasiado extendidas y que no eran suficientes las torres para la nueva artillería. Por lo cual redujo las primeras, y convirtió las segundas en baluartes que defendieran por el flanco. Se dejó la costumbre de construir los parapetos con piedra dura, que una vez destrizada por la artillería aumentara el furor de la metralla; y quitadas las almenas, abajadas las murallas, quedara la escarpa enterrada en un profundo foso, y la persona cubierta con pisos de tierra. Por la parte de afuera en la línea magistral de las fortalezas se pusieron trincheras de la misma altura que las murallas, interiores, con vastísimas explanadas en forma de declive. Se añadieron circunvalaciones, escarpas, contraescarpas y pendientes que no dejaban acercar á la artillería enemiga, y rebeldes ó fuertes separados antes de las puertas. Tambien el sitiador mudó entónces sus medios, y en lugar de una galería elevada, hizo excavaciones, cuyo pequeño foso, que miraba á la ciudad, les procuró un retiro á ellos y á la artillería. Despues se fué aproximando por senderos sinuosos, para poder atacar por la derecha y la izquierda los trabajos del sitiado, y abrió trincheras por todas partes para hacer mas fácil el asalto de la infantería, y pasó por alto el trabajo de las minas.

Mauricio tuvo la dicha de guiar, no un ejército conquistador, sino un pueblo aunado para defender su independencia. Por esto mismo debía indagar todos los medios de acelerar y asegurar mas el buen éxito de la guerra, de modo que fué la escuela á que acudieron ó á ejercitar el valor ya experimentado aquellos que no podían emplearlo en beneficio de la patria, como los Italianos, ó á instruirse los que sentían la necesidad que tenía la Europa de un sistema determinado y regular. Allí se introdujeron los ejercicios cotidianos de las tropas; allí los abatecimientos fueron objeto de especial atencion y se regularizaron; allí se imaginaron las obras exteriores de las fortalezas y los caminos cubiertos; allí se aprendió á fortificar los campamentos, sin que Mauricio, no obstante, llegase á sustituir á las grandes masas entónces en uso, esto es, de diez filas, otras con unidad, táctica, divisibles y flexibles, ni á dar un sistema militar algo estable.

Gustavo Adolfo de Suecia hizo, en cuanto á los pormenores, mas que Mauricio; sirvió á la Alemania con introducir la disciplina en su ejército, del cual exigía obediencia, templanza, trabajo. Al orden moral unia el material; su

campamento era semejante á una ciudad regularizada, bien defendida; la caballería rodeaba sus cuarteles; la infantería estaba siempre dispuesta de manera que no podía obligársela á combatir; no olvidaba cosa alguna, por pequeña que fuese, capaz de contribuir á sus triunfos directa ó indirectamente; no concedía los puestos sino por escala ó mérito, de modo que el oficial había estado sometido á la disciplina antes de exigirla de los soldados.

Así, á los capitanes aventureros, raitres y sacanetes, desolacion de la Europa hacia un siglo, sucedían ejércitos regulares. Aumentó la proporcion de las armas de fuego, y en consecuencia disminuyó las filas; dió á la infantería los mosquetes, aligerándolos, y abandonó la horca de hierro; quitó la coraza á los lanceros, no dejando de las armas antiguas mas que la celada. Mientras que los Alemanes tenían lanzas de veinte piés, Gustavo, utilizando la ordenanza, creyó poderlas reducir á once. Introdujo tambien el vestido uniforme, pues dió á cada soldado de á pié una especie de casaca forrada de piel de carnero, contra el frio; además los regimientos tenían colores distintivos y casacas semejantes; y en su ejército aparece como nunca la existencia de un elemento táctico de forma y dimensiones invariables. La caballería sueca formaba cuerpos de tres ó cuatro escuadrones de á sesenta y cuatro caballos, sobre cuatro y luego sobre tres de fondo; por lo regular llenaban los intervalos de estos cuerpos compañías de infantería. Prefirió el orden de Mario, y estableció una reserva para cada una de las dos líneas. Su poca gente de á pié, que constaba de dos mil y diez y seis combatientes, formaba una division de ochocientos sesenta y cuatro lanceros y mil ciento cincuenta y dos mosqueteros. Los regimientos eran de ocho compañías de á ciento veintiseis hombres; las lanzas y los mosquetes estaban mezclados en la proporcion de tres á cuatro, y en general las subdivisiones eran múltiples del seis, comprendidas entre el noventa y seis y el doscientos ochenta y ocho. Varió con frecuencia, como todo innovador, conservando sin embargo la intencion de su ordenanza.

Antes de Gustavo, nadie había comprendido la necesidad de elegir y conservar las bases y las líneas de las operaciones, segun la índole de las armas de fuego, que se requieren constantemente municiones nuevas; si bien es verdad que tenía un ejército muy sumiso, como compuesto de gente que acababa de salir de la servidumbre y exenta de pretensiones.

Pero hasta entónces la batalla no era el grande objeto de las operaciones estratégicas; el acaso ó un hecho secundario la producía á menudo, y su éxito se abandonaba á la eventualidad. Las marchas se ejecutaban aun en los tres cuerpos de vanguardia, batalla y retaguardia, salvo donde lo impedía la naturaleza de los terrenos, como sucedió en la Valtellina al príncipe de Rohan; solo los Suizos usaban las mar-

chas en cuadro. Se creía un gran viaje andar seis ó siete leguas por día, y Coligny fué el primero que mostró la importancia de la rapidez, recorriendo hasta diez y ocho en veinticuatro horas.

La administración era casi desconocida, y la poderosa monarquía de Felipe II no podía pagar sus ejércitos, que por lo mismo se amotinaban á menudo con perjuicio de la disciplina. A la imperfección de los sistemas administrativos suplían la dureza con que se trataba á los países enemigos, y los socorros que prestaban las naciones aliadas; pero este sistema hizo que la guerra de los Treinta Años fuese tan devastadora, y detuviese la civilización en los Estados que le sirvieron de teatro. Waldstein y Gustavo Adolfo vivían igualmente á expensas de los países que ocupaban con sus tropas; pero Waldstein era considerado como un azote y Gustavo como un protector, porque el uno dilapidaba y el otro regularizaba las exacciones.

Costó trabajo comprender la grande importancia de las armas de fuego. No solo Maquiavelo y sus contemporáneos Montluc, Montaigne, el mariscal de Langeay, mostraron creer que se podía, á pesar de ellas, conservar los antiguos órdenes de combatir, causando poco mas que aturdimiento su golpe, sino que hasta Melzo y Montecúccoli persistieron en decir que la reina de las armas era, á caballo la lanza, y á pié la pica; Folard creía las nuevas armas poco á propósito tanto para el ataque como para la defensa, opinando que no se debía hacer de ellas mas caso que el que hicieron los Romanos de las saetas de los Partos: el frente del ejército de Gustavo Adolfo en la batalla de Lutzen (1632), estaba erizado de picas, y con ellas venció Montecúccoli en San Gotardo (1664).

La pólvora había influido en las fortificaciones y en la guerra de sitio, y el sustituir los bastiones á las torres, fué un inmenso paso dado en la defensa, la cual de directa se convirtió en flanqueante, y por lo mismo mas completa: la defensa de Ostende que en 1601 ocupó tres años á Espínola, la de Leiden en 1574 contra las fuerzas españolas, la de Amberes en que el Italiano Giambelli contrarestó con arte é ingenio las atrevidas operaciones de su compatriota Barocchi que dirigía los portentosos trabajos del ejército al mando de Alejandro Farnesio, el puente del Escalda echado por el ejército sitiador, y poco despues (1629) en el sitio de la Rochela el dique que hizo construir el cardenal Richelieu para impedir los socorros marítimos, demuestran los progresos de las ciencias y las artes que debían concurrir á la realización de tales empresas.

La fortificación de campaña fué creada por el genio de los príncipes de Nassau, en los terrenos difíciles de la Holanda, para detener el ímpetu de los veteranos tercios españoles contra los inexpertos y nuevos defensores de la Holanda. Por lo demas, Gustavo y Waldstein en los campos de Nuremberg mostraron que tam-

bien en los ejércitos mas móviles y en los terrenos ménos montuosos sabían hacer servir las fortificaciones de campaña para reservarse el arbitrio de aceptar ó de rehusar la batalla, y su inacción prueba el renacimiento de la ciencia. Otro síntoma de la importancia de los cuerpos científicos es que empezaba la división del trabajo en los ejércitos; Sully tuvo el cargo de gran maestro de artillería, y creó arsenales, parques, reservas, laboratorios, en suma, un sistema completo de lo que se dice *material*.

Los elementos feudal, comunal y monárquico estaban representados en los ejércitos del precedente período y en las diversas naciones, segun las proporciones que tales elementos conservaban en el órden social de aquellos Estados. En este período el elemento feudal, es decir, la caballería, casi desapareció, pues que su composición no se fundaba ya en el servicio feudal, sino que era una tropa permanente de hombres tomados de la plebe, y mandada por señores ó nobles, sujetos sin embargo á la jerarquía de los grados en razon de su capacidad y de sus servicios, y no del grado social; lo que destruía el sistema de los contingentes feudales. Tampoco vemos ya milicias comunales; no porque los Comunes dejasen de suministrar hombres, sino porque las tropas ligeras y los demas cuerpos comprendidos por lo regular en los contingentes comunales, se componían de aventureros al mando de jefes mercenarios. La infantería estaba organizada en cuerpos nacionales, y si había en ella cuerpos extranjeros, eran mirados como auxiliares y no como su fuerza principal; estaban sujetos á las reglas comunes y no seguían sus costumbres como al principio se permitía. La artillería y los ingenieros formaban cuerpos particulares y se requerían condiciones científicas para ingresar en ellos.

§ 55. ESCRITORES MILITARES. — MONTECÚCCOLI

Ya hemos tenido ocasion de hablar del mariscal Biron (1524-92), en cuyos *Comentarios* se hallan máximas excelentes:

« *Prever y proveer* son dos palabras que el general debe tener siempre á la vista á fin de prevenir todo lo que pudiera destruir el buen éxito de sus empresas: no dejar pasar ocasion de servirse de ellas ni desatender ninguna oportunidad que se presente sin demasiado peligro.

» Debe recurrir á la astucia y á las sutilezas cuando no pueda hacerse otra cosa; pero como conviene combatir francamente cuando sea posible, es preciso ceder y abandonar voluntariamente y á tiempo lo que no puede conservarse.

» Nunca debe haber en un ejército dos jefes de igual autoridad, pues en breve trataría uno de ellos de perjudicar al otro, y por consiguiente causar perjuicio á los negocios; pero el general debe dividir su gloria con los oficiales

principales y no tenerles rencor ni envidia, ni excitarla entre ellos.

» El general debe conocer y distinguir la medida de la capacidad de cada oficial, para darles las comisiones que mejor hayan de desempeñar, pues unos son á propósito para permanecer fijos en los combates y otros para dar golpes arriesgados; y de cada uno ha de sacar partido con inteligencia en las ciudades ó en las campañas.»

Antes de Biron, había tenido el grado de mariscal de Francia Biagio Montluc (1502-1577), cuyas extensas y preciosas *Memorias* eran llamadas por Enrique IV el breviario de los guerreros. Son á propósito para la guerra de guerrillas y se hallan en ellas á cada paso recursos en que el arte no es mucho y ménos la moral.

En aquel tiempo hubo otros muchos que escribieron sus *Memorias* é hicieron progresar el arte. La expedición de Valtellina (1632) del duque Enrique de Rohan (1579-1638) se cuenta entre las empresas mas memorables, así como sus escritos entre los mejores que tuvieron por objeto echar los cimientos de un sistema regular de guerra. Tales son su correspondencia *sobre la guerra de montaña*, con motivo de dicha expedición; *el Perfecto capitán*, observaciones sobre los *Comentarios de César*; *el Arte de la guerra*, y los estudios *sobre la corrupción de la milicia antigua*. Propuso que se dividiese la infantería en regimientos de mil cuatrocientos cuarenta hombres, seiscientos lanceros, otros tantos mosqueteros, y doscientos cuarenta hombres cubiertos de un grande escudo y armados de espada; idea que le había ocurrido á Maquiavelo y reproducida despues por Montecúccoli, pero que no llegó á adoptarse. Los escuadrones que él propuso son de quinientos caballos, es decir, cuatrocientos con armas pesadas, cincuenta carabineros y otros tantos arcabuceros, cuya organización se parece á la antigua, al paso que la proporción de los regimientos es casi la conveniente. La guerra de las montañas es una escuela muy útil; y en la Valtellina el duque de Rohan se veía precisado á cada instante á cambiar todas las combinaciones conocidas y servirse de otras nuevas; las armas de fuego iban siendo un elemento indispensable, y la infantería que se veía obligada á cada paso á dividirse, reunirse y multiplicarse con la rapidez, adquiría una importancia nunca vista.

El autor en quien puede estudiarse al teórico y al práctico, es Raimundo Montecúccoli (1608-1681). Él se formó como simple soldado en las guerras de Flandes, « donde se habían reunido cuantos soldados valientes y experimentados capitanes tenía Europa; las numerosas fortalezas detenían al ejército con largos y trabajosos sitios; las vastas é ilimitadas llanuras requerían en las batallas que se desplegase todo el valor y toda la ciencia, y las mismas llanuras atravesadas por anchos y pro-

fundos rios presentaban con frecuencia, aun despues de las victorias, inconvenientes graves y terribles á los progresos de los vencedores (1). » Sirvió en la infantería, ya con la pica, ya con el mosquete, y en caballería, ya de dragon, ya de coracero, manejando por tanto todas las armas que estaban en uso en aquel tiempo; fué alférez, mandó una compañía de coraceros, llegó á sarjento mayor, luego á teniente coronel, y por la guerra de Castro, Francisco I, duque de Módena, lo declaró mariscal de campo de sus ejércitos. De vuelta á Alemania el emperador le nombró teniente general. Poco despues tuvo el mando supremo de los ejércitos de Franconia, luego de Silesia y Hungría, y contra los Franceses en las guerras de los Turcos. En 1665 fué presidente del consejo de guerra.

Mandaba las tropas austríacas, que tenían una reputación poco favorable, y las que la Alemania suministraba á su jefe. Tenía en sus escuadrones ciento cincuenta caballos, tres de fondo y cincuenta de frente, y su regimiento constaba de cinco escuadrones ó setecientos cincuenta hombres. No nombra el batallón, pero lo forma á la manera del de Gustavo Adolfo y de los regimientos del príncipe de Rohan. Su compañía estaba compuesta de un capitán, un teniente, un alférez, un furrierl, ochenta y ocho mosqueteros, cuarenta y ocho piqueros y ocho rodeleros, es decir, que se defendían con rodela. Entre estos ciento cincuenta combatientes distingue veinticuatro jefes de fila, de los cuales seis son cabos, y diez y ocho soldados: la fila es de seis hombres. En su tiempo se daba á los soldados dos libras de pan, una de carne, una medida de vino y dos de cerveza, media libra de sal por semana, y para el caballo seis libras de avena, ó cuatro de cebada, diez libras de heno y tres haces de paja por semana. Nuestros soldados deben hallar espléndido aquel trato, especialmente por la carne; al paso que el caballo no estaba bien asistido.

« Montecúccoli (dice el señor de Folard) es uno de nuestros maestros, es el Vegecio de los modernos, ó por mejor decir, vale mucho mas que Vegecio.... Ha aventajado á todos, y si no se halla todo en su obra, consiste en los límites que se propuso en ella, la cual no es otra cosa mas que la idea de un curso completo y general del arte de la guerra (2). »

Exige en el capitán (*Commentarii bellici*) cualidades naturales y adquiridas. Son naturales: 1º Genio marcial y constitución sana y robusta, grandes extremidades, decoro en la presencia é infatigabilidad en obrar; 2º edad competente; 3º nobleza, pues cuanto mas preclaro sea el nacimiento tanta mas veneración inspira en los ánimos de los súbditos. Son adquiridas: 1º las virtudes de la prudencia, de la justicia, de la fortaleza y de la templanza;

(1) PARADISI, *Elogio de Montecúccoli*.

(2) Sur Polybe: *Observations sur le passage du fleuve Archelous*.